

El 98 en el periódico de referencia

Sabemos sobradamente, los franceses, que las conmemoraciones de grandes acontecimientos históricos son un buen revelador de lo intrincadas que son, en una sociedad, las relaciones entre el saber y el poder : buena prueba de ello fue el bicentenario de la Revolución de 1789 y, en su estela, el milenario del nacimiento del Reino de Francia con el advenimiento de Hugues Capet así como el decimoquinto centenario del bautismo de Clodoveo (Clovis). Si bien estas conmemoraciones originaron numerosas y a menudo apasionadas controversias, nadie pretendió en Francia desde el poder encauzar el estudio y el debate por derroteros exclusivamente nacionales. Por lo que declaró en la sesión constitutiva de la Comisión Organizadora para la Conmemoración del Centenario de 1898, parece ser que el presidente del gobierno español, José María Aznar, lo entiende de otra manera . Es comprensible que exhorte a sus compatriotas a « huir del victimismo » ; no lo es tanto el pedir que « plumas ajenas no escriban nuestra propia historia ». Opinamos nosotros que, en el campo del saber y más precisamente en el del conocimiento histórico, es legítima cualquier mirada ajena sobre una sociedad determinada : en este sentido se propone aquí un análisis esquemático de la visión que ofreció a sus lectores el que se considera como el periódico español de referencia, es decir *El País*, análisis basado principalmente en una muestra de « opiniones » publicadas entre septiembre de 1993 y febrero de 1998, fecha de celebración de este coloquio.

Los diecisiete textos cuyas referencias se dan en apéndice se recogieron de manera empírica, sin que hubiera por lo tanto pretensión alguna a la exhaustividad. Constituyen con todo un conjunto representativo tanto por la cronología de su publicación como por la personalidad de sus autores. De hecho, no esperó *El País* a

1

El País, 4 de abril de 1997.

que llegara el año de la conmemoración para proporcionar a su lectorado materia de reflexión : la mayor parte de los textos se publicó en 1997, siendo además este año el del centenario del asesinato de Antonio Cánovas del Castillo, conocido como el gran artífice del régimen de la Restauración. Quien se fije en la lista de los textos comentados observará que la cifra fatídica del 98 se encuentra a menudo en los títulos, siendo menos frecuente el uso del año civil : 1898. Dichos textos se deben a la pluma de quince autores, casi todos intelectuales, de los cuales algunos son muy representativos del *establishment*, caso del hoy nonagenario Pedro Laín Entralgo, el intelectual arquetípico ; en esta categoría entran otros miembros de grandes instituciones culturales : la Real Academia Española (el almirante Álvarez-Arenas), la de la Historia (Jover), así como representantes de la prensa (Ortega Spottorno) y la diplomacia (Ridao). Como era de esperar, son numerosos los historiadores, la mayoría universitarios en actividad : Álvarez Junco, Bizcarrondo, Elorza, Fusi Aizpúrua, a los cuales se puede añadir el nombre de Santos Juliá, autor de alguna que otra brillante reseña bibliográfica y, por otra parte, coordinador del coleccionable *Memoria del 98* que se comenta en estas *Actas*, así como los de dos profesores de Derecho constitucional : Jáuregui y Solé Tura. Por fin completan el elenco unos cuantos escritores famosos que son, por una parte, el veterano y liberal Francisco Ayala y, por otra, dos cadetes suyos conocidos por su capacidad de disentir : Vázquez Montalbán y Juan Goytisolo. A modo de contrapunto a estas voces exclusivamente españolas se ha añadido la del escritor cubano anticastrista Cabrera Infante, recién Premio Cervantes, que por todo ello encuentra frecuente cabida en el periódico de referencia.

Quien mejor destaca la « auténtica significación » del « 98 a secas » es, sin lugar a dudas, José María Jover en un texto titulado « El centenario que viene », publicado el 10 de diciembre de 1996, justo dos años antes de celebrarse el centenario del tratado de París que sancionó la pérdida definitiva de los restos del imperio español. De entrada, el historiador aduce tres ejemplos de conmemoraciones de cierta trascendencia para España como fueron el centenario de la Revolución del 68, el bicentenario de la muerte de Carlos III y el Quinto Centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón para ilustrar la idea de que « las conmemoraciones centenarias suelen llevar implícito un cierto aliento utópico ; una tácita esperanza en que el futuro se muestre propicio a proseguir y llevar a plenitud la realidad conmemorada. » « Ahora bien -añade a continuación- es claro que la conmemoración del 98 no se atiene a este patrón ». La línea argumental de Jover es que « el 98 fue realmente un Desastre » : primero por el elevado número de víctimas (soldados muertos, repatriados enfermos), también por el enfrentamiento con otros pueblos, y, desde luego, por las pérdidas territoriales de España. Es importante recalcarlo en la medida en que esta idea viene cuestionada hoy en día en la bibliografía reciente, siendo quizá el ejemplo más ilustrativo el del número

monográfico de *Revista de Occidente* cuyo título llamativo sugiere la orientación : « 1898 : ¿ desastre nacional o impulso modernizador ? » . En cualquier caso, para Jover, el análisis histórico conlleva la exigencia ética de una conmemoración hecha con « decoro » para favorecer una reflexión « fraternal » en el seno de « aquella comunidad de naciones -España, Puerto Rico, Cuba, Filipinas- que continuaron formando parte de la monarquía española después de la emancipación de los virreinos americanos ; después de Ayacucho ». Pudiera ser ésta « una ocasión de encuentro entre cuatro naciones » separadas más tardíamente que el resto del imperio español y cuya « larga convivencia de cuatro siglos », especialmente el último de un imperio reducido a « España y sus provincias de Ultramar », acabó configurando « un patrimonio cultural común ».

Uno de los autores, Eliseo Álvarez-Arenas, se había adelantado tempranamente a la conmemoración al proponer ya en septiembre de 1993 « pensar el noventa y ocho », fórmula sugestiva repetida machaconamente a lo largo de un texto que no descuelga por la originalidad del pensamiento, siendo la tesis del autor la de que « el siglo XX español, en mucho, en casi todo, tiene origen causal en la guerra de Cuba » cuyos efectos se prolongarían « hasta los acuerdos del 53 con Estados Unidos, el agresor indiscutible del 98 ». Ha reincidido hace poco nuestro autor con un texto cuyo título : « ¿ Volverá a salir el sol ? » es meramente retórico ya que el pesimismo expresado sobre el protagonismo de España en la vida internacional se justifica *in fine* en referencia al lema espengleriano de la *decadencia de Occidente*. El almirante académico puntualiza su pensamiento en términos inequívocos : « La mirada al noventa y ocho no puede dejar de ser para cualquier español de hoy una agresión yankee, imperialista e injustificada, que lleva a la guerra ». Desde entonces, España se encuentra en una posición de subordinación total respecto de Estados Unidos, la del esclavo « en el filosófico par estudiado por Hegel ». Cuantos regímenes se sucedieron en la España del siglo XX (quedando caracterizado el franquista como « régimen ordenancista ») no fueron más que otros tantos jalones « para salir de algún modo de sí misma » y reintegrar de ese modo la comunidad internacional. Nada se dice de los antecedentes, de lo que posibilitó la intervención yankee, ni, por tanto, de las responsabilidades de la monarquía restaurada en el desencadenamiento y desenlace de la guerra hispano-norteamericana. Paradójicamente, la única voz discordante en un corpus de tonalidad estrictamente etnocentrista es la del escritor cubano exiliado Cabrera Infante de quien se reproducen en un lugar discreto del periódico los pasajes sobresalientes de una conferencia pronunciada ante un grupo de empresarios catalanes : « lo del desastre del 98 es un concepto muy español que olvida que la ocupación española de Cuba fue un desastre para los cubanos. La mejor

gente de Cuba murió a manos del ejército español. » No era ocioso recordar, aunque fuera de pasada, esta realidad, tan abrumadora como el número de víctimas sufridas por el ejército de la potencia colonial... En un plan meramente informativo las contribuciones más sustanciales son dos páginas dobles de *El País*. La primera : « Igual que hace 100 años » presenta a principios de 1996 (el 7 de enero) una recensión somera de temas evocados en congresos recientes y que merecerían profundizarse, vgr. la presencia de vascos y catalanes en la Cuba de los siglos XVIII y XIX ; el impacto en hechos posteriores como la Semana Trágica de Barcelona en 1909 de los relatos hechos a sus familiares por los soldados repatriados (« unos 140.000 regresaron a sus pueblos de origen ») ; el tratamiento que se dio de la guerra en los manuales escolares de historia. El hecho más comentado, con mucho, por ser el más espectacular, y quizá el más misterioso, es la explosión del *Maine*, el acorazado estadounidense fondeado en el puerto de La Habana, uno de los pretextos utilizados por los Estados Unidos para declarar la guerra a España . El interés del texto de Antonio Elorza : « El guante y las garras » es precisamente el demostrar que la decisión del presidente McKinley de « intervenir en Cuba, incluso militarmente, nada tiene que ver con la explosión del *Maine* ». Se vale el historiador de las fuentes diplomáticas para poner de manifiesto la determinación de los dirigentes norteamericanos en acabar con la soberanía española en Cuba antes de que el gobierno liberal de Sagasta le concediera tardíamente la autonomía por la que bregaban desde hacía tiempo los representantes de una burguesía nacional en ciernes que Marta Bizcarrondo vuelve a sacar del olvido . El título del texto de Elorza se refiere al comentario que hizo el embajador francés en Madrid, marqués de Reverseaux, de la actitud de su colega norteamericano, Woodford, del cual era posible « apreciar las garras bajo su guante ». Lo más novedoso, seguramente, es el análisis que propone Elorza de la estrategia experimentada por los Estados Unidos, una vez terminada la guerra de secesión, en su lucha contra los « americanos nativos », o sea las tribus indias, « combinación de arbitraje forzoso y acción militar », estrategia que trasladaron a la resolución del problema cubano y que tanto desorientó a las grandes potencias y sus diplomáticos.

3

El País, 20 de enero de 1998, « Cabrera Infante : Lo que para ustedes fue el desastre del 98, para nosotros fue uná patria ».

4

Véanse por ejemplo los números de 1º de febrero de 1998 (avance editorial de *El enigma del Maine* de Agustín Remesal) y de 14 de febrero de 1998 (« El Maine, cien años después »).

5

Tema bien estudiado en un librito de difusión restringida (París, Editions caribéennes) por el hispanista francés James Durnerin, *Les deux faces du réformisme colonial, insulaire et péninsulaire, 1878-1898*, Université Paris VIII, Cahiers d'Histoire des Antilles Hispaniques, 1990.

10

En el escaso tratamiento de la guerra hispanocubana que se ofrece a los lectores de *El País* es interesante observar cómo se eluden las responsabilidades de los gobernantes españoles a través del balance globalmente positivo que hacen de la Restauración varios autores. Bajo la firma de la historiadora Mercedes Cabrera un grupo de investigadores de la Universidad Complutense de Madrid echan mano de la instrumentalización que hacen los « líderes » de hoy de las posiciones y prácticas de los políticos de la Restauración para equiparar los « ataques » que recibiría su liberalismo tanto de las izquierdas como de « los círculos más reaccionarios ». Con este postulado pueden demostrar fácilmente que « ni Cánovas fue un dictador ni su régimen una dictadura ». En cuanto al caciquismo, su carácter coactivo y violento quedaría contrapesado, en cierto modo, por su función social de « negociación permanente en que se intercambiaban favores » : a tenor de trabajos recientes sobre el clientelismo político en la Europa del Sur se defiende la idea, nada original, de que el caciquismo fue un mal menor que preparó la llegada de la democracia... Quien valida poco tiempo después esta visión positiva de la Restauración, con la autoridad que le confieren su obra, su edad y su fama, es Francisco Ayala en sendos textos publicados uno tras otro. En el primero : « Restauración y 98 », pone en el haber de Cánovas « el primer proyecto razonable para homologar a esta península con la Europa de las naciones soberanas, y ciertamente resultó ser un proyecto exitoso » puesto que « fue en verdad un régimen digna, seria y razonablemente conservador ». Es de notar que Ayala usa el vocablo predilecto de los adeptos actuales de la modernidad : *homologar*, el cual se volverá a comentar adelante. En el segundo : « Galdós en el Parlamento de la Restauración », el autor de *La cabeza del cordero* estima que la sociedad española se desarrolló « en un verdadero clima de libertades públicas » que se debe al « gran político » que fue Cánovas, calificado en términos incomparablemente más laudativos que los empleados, en pleno franquismo, en la *Historia social y económica* de Jaime Vicens Vives. Nada se dice, en cambio, de las responsabilidades del dirigente conservador en el « desastre » cuando es notorio que no encontró otro medio de responder a los anhelos de emancipación de los cubanos que la guerra. Por eso parece poco digno el modo con el cual se anexiona a Galdós, quien por cierto fue diputado *cunero* (y, por lo demás, liberal) por Puerto Rico durante una legislatura, pero posteriormente -era conveniente recordarlo también- se hizo el crítico despiadado del mismo Cánovas en el último de sus *Episodios nacionales*.

Los otros escritores se interesan más en el legado del 98, en la impronta que dejó el acontecimiento en el campo de la cultura, en especial desde el punto de vista ideológico. Les preocupan los « fantasmas » que vuelven a surgir en este fin de siglo a tenor de las peripecias de la vida pública, siendo el de « la regeneración » el que, tempranamente, provoca la ira de Manuel Vázquez Montalbán, adalid de una izquierda crítica. « 1998 está servido » desde que concluyeron los fastos del Vº

Centenario y quedó patente el fracaso del proyecto modernizador diseñado por los socialistas tras ganar las elecciones de 1982, una modernidad simbolizada por el tren de alta velocidad. Para Montalbán han pasado demasiadas cosas desde 1898 a esta parte, la reconstrucción de « la razón democrática » por varias generaciones ha costado demasiado para que la historia pueda repetirse : « en este final de siglo XX » ya no se puede creer ingenuamente en el progreso. Como remate de su filípica el autor de *Galíndez* cita a Baroja : « Quien añade ciencia añade dolor ». En un texto que, adelante, se analiza más detenidamente, Jordi Solé Tura, personificación de la izquierda realista, hace hincapié en las contradicciones en que quedaron encerrados los regeneracionistas, « profetas inconscientes y extraviados de los peores males que han caído sobre nosotros a lo largo del siglo ».

La otra corriente de ideas que simboliza la reacción de la sociedad literaria a la derrota española, la « generación del 98 », es objeto de una exposición concisa y sistemática por parte de quien, a raíz de la guerra civil, la rehabilitó en la España oficial : se trata de Pedro Laín Entralgo. Se reafirma en la tesis de que no fue una generación « puramente literaria » la del 98 sino una generación « plenamente histórica » de escritores que « coincidieron principalmente como críticos de la España que veían y soñadores de la España que deseaban ». Es precisamente lo que pone en tela de juicio, con su habitual vehemencia : « El 98 que se nos viene encima », Juan Goytisolo para quien « generación » es un *comodín* que, por lo demás, no puede incluir a un gran creador como Valle Inclán. « La historia amenaza con repetirse », teme el autor de *Señas de identidad* refiriéndose a la conmemoración consensual del Vº Centenario. Por eso denuncia en la « nebulosa » de escritores del 98 su combate en contra de una modernidad « por la que luchó la maltrecha corriente liberal » así como « su cicatera apreciación » de las grandes figuras del siglo anterior, especialmente las de Galdós y Clarín. Sostiene que su « ensimismamiento...no podía sino robustecer una tradición cultural de inmovilismo » que llevó a muchos a adherirse más o menos explícitamente a la sublevación militar de julio de 1936, tradición que pervive entre los hijos y los nietos en clara alusión a los jóvenes intelectuales falangistas como lo fue el mismo Laín y a sus posibles descendientes. Para José María Ridaio, lo que hicieron los escritores del 98 fue « convocar a los fantasmas » de una España irreal, inventada por ellos mismos, « una España alejada de la ciencia, esencialmente cristiana e identificada con Castilla ». Y ello fue así porque no entendieron lo que fue el fracaso del 98, no entendieron que la colonización legitimada por la fe había de ceder el paso a una nueva perspectiva colonial sustentada en la ciencia. Para Ridaio, la manipulación que hace del *Quijote* el símbolo de la grandeza nacional frente a Europa, una especie de « Biblia nacional », se inscribe en « un contexto de desprecio de lo experimental » y acarrea una escalada entre « los nacionalismos presentes en España ».

La opinión de este diplomático queda, de cierto modo, enmarcada por los puntos de vista de dos renombrados historiadores que se dieron a conocer por obras sobre las ideologías que agitaban la sociedad española del novecientos como fueron el anarquismo, el socialismo y el populismo *lerrouxista*. En un artículo titulado « El falso problema nacional », José Álvarez Junco reivindica de entrada la figura y la obra de José Antonio Maravall para acreditar una idea que se está convirtiendo allende el Pirineo en un tópico, la de que la historia de España ha de ser la de un país « normal », « homologable a los modelos europeos » . Estima Álvarez Junco que « la pasión de las esencias nacionales » – una « moda » muy difundida por el mundo desde finales del siglo XIX- coincidió en España con « dos graves crisis políticas colectivas » – la del 98 y la guerra civil – que determinaron entre todos, tanto entre historiadores como entre poetas, « un mismo marco mental » que les llevó a concluir a « la supuesta anormalidad del país » y a su « supuesto fracaso ante la modernidad ». Desde fines de los años cincuenta, unas cuantas figuras lograron desmitificar las pretendidas esencias nacionales : se llaman Francisco Ayala, Jaume Vicens Vives, Julio Caro Baroja.

Al reflexionar sobre « Historia y 98 » en un texto más reciente, Juan P. Fusi reconstruye el camino seguido por los historiadores nacidos en la década de 1940 que les llevó a abandonar la « visión esencialista, metafísica » de sus maestros. El hecho es que, pese a todo lo que le separaba de los hombres del 98, un Menéndez Pidal compartió con ellos la misma obsesión de España y de su historia, si bien la calidad de sus aportaciones monográficas contribuyó a dar a los españoles « una conciencia menos grandilocuente y estúpida de la historia de su país ». La aportación de la generación de la posguerra civil consistió, primero con Vicens Vives, en poner el énfasis en « la doble dimensión económica y regional de la historia española » y, en segundo lugar, en desplazar el interés hacia el conocimiento de los siglos XIX y XX por entender que allí se situaban los orígenes de los problemas de la España contemporánea. En conclusión, Fusi se apoya como Álvarez Junco en la autoridad de Caro Baroja para quien « toda identidad nacional es por definición una identidad abierta, variante y dinámica », tesis que por ser indudablemente « certera » no exime por ello del análisis concreto de los casos singulares.

Este es el enfoque adoptado por uno de « los padres » de la Constitución actual, Jordi Solé Tura, en un texto ya mencionado que parece contestar a un editorial del 12 de enero de 1998 : « De un 98 a otro » que concluía : « El 98 fue también un nacimiento. Eso es lo que hay que conmemorar », editorial no exento, dicho sea de

6

A ello alude Santos Juliá en su recensión del libro de Juan P. Fusi y Jordi Palafox, *España : 1808-1936. El desafío de la modernidad* al intitular su crónica « Un país normal » : *El País*, 6 de diciembre de 1997.

13

paso, de algún error factual . De entrada, se pregunta el autor « qué es lo que vamos a conmemorar. ¿ La catástrofe militar ? ¿ La realidad cruda de una España que tocaba el fondo del pozo y que descubría sin paliativos su propia realidad ? ¿ El comienzo del regeneracionismo ? ¿ La absoluta incapacidad de la Monarquía y de las clases dirigentes de dar una respuesta creadora a las inquietudes, alarmas y exasperaciones que saltaban por doquier ? ¿ La eclosión de los nacionalismos catalán y vasco, tan diferentes entre sí ? ¿ El estallido de un movimiento obrero exasperado ? ». Prosigue observando Solé Tura que « desgraciadamente, lo que 1898 trajo a España no fue la regeneración sino el autoritarismo y la dictadura », recalcando a este respecto la responsabilidad de la Monarquía en el deterioro de la situación al confiar « al Ejército el papel de represor y de guardián de las esencias de la unidad de España como nación » : en el corpus que estamos examinando es el único autor que establece el necesario vínculo entre las ideas dominantes en el 1900 español – las de un nacionalismo tradicionalista – con los instrumentos que las convirtieron en *fuerzas actuantes* – o sea el militarismo reaccionario. Tras analizar el fracaso de la posible salida representada por los regeneracionistas, el ex ministro socialista de Cultura termina poniendo en guardia contra el riesgo de conmemorar « acontecimientos lejanos desde intereses cercanos ».

Aun cuando pudiera ser ésta la palabra final de este somero examen, es preciso ir más allá del mero análisis tratando de destacar las principales características del corpus. Es obvio que no responde al deseo expresado por José M^a Jover de una conmemoración *pluralista* que asociara a los españoles cualificados representantes de las antiguas posesiones insulares : ¿ fue por falta de voluntad o de colaboraciones ?, no se sabe. Por otra parte, el 98 como *acontecimiento* no es, salvo muy contados casos, objeto de reflexión sino más bien pretexto u ocasión para una revisión, y en consecuencia una reescritura, de la historia de la España contemporánea cuyo propósito explícito de homologarla con la de otros países europeos tiende, quíerose o no, a desdibujar los rasgos específicos de la formación social española en pleno siglo XX hasta fechas muy recientes. No me parece una casualidad la ausencia entre los autores de referencia mencionados por los colaboradores de *El País* del nombre de Pierre Vilar, quien precisamente puso de manifiesto el componente *democrático y popular* del catalanismo de preguerra : más anglófilos, los historiadores españoles de hoy prefieren una historia política clásica, a lo Raymond Carr, que tiende, como lo sugiere Fusi en su artículo, a sustituir un mito – « el de Castilla y su centralidad en la forja de España »- por otro : el problema de la

7

Se atribuye a Fernández Villaverde el « famoso artículo » : « Sin pulso » cuyo autor era Francisco Silvela. Por lo demás se publicó no cuando era « presidente del Consejo » sino al estar su partido, la Unión conservadora, en la oposición y no « al cambiar el siglo » sino ya el 16 de agosto de 1898...

14

democracia en España. Es una visión « un tanto restrictiva » opina el historiador catalán Borja de Riquer i Permanyer, el cual, desde el título de su texto : « La historia de un país normal, pero no tanto » (17 de marzo de 1998), indica que discrepa de la tesis mantenida por sus colegas, Juan P. Fusi y Jordi Palafox, en el reciente libro al que se ha aludido. Entre los diez factores que, según él, « hicieron de la situación española un caso realmente peculiar » destaca, respecto de la problemática que vamos examinando, el hecho de que, a raíz del desastre de 1898 « España entró en el siglo XX pasando de la consideración de *imperio arruinado a nación cuestionada* », cuestionamiento que sigue hoy en día dominando la vida pública española tanto en la esfera intelectual como en el ámbito político y que, más allá de analogías formales con otros países de Europa, procede ante todo de la historia propia, llámese la de España o la del « Estado español ». Es interesante observar -así se concluirá- que la única reflexión un tanto novedosa en este corpus sobre la cuestión nacional versa sobre « Los vascos y el 98 », contraponiéndose las encontradas interpretaciones del concepto de cultura vasca de los vascos del 98 y de los vascos nacionalistas y proponiéndose se sustituya « el modelo regeneracionista del 98 » por los « valores de la Ilustración » ejemplificados por la Sociedad Bascongada de Amigos del País. ¿ Las Luces *versus* el 98 ? Pese a ser muy simplificadora, la fórmula refleja bastante bien la tónica del corpus.

Jacques Maurice

Apéndice :
Textos sobre el centenario de 1898 publicados
en la sección « Opinión » del periódico *El País*

1993	18 sept.	Pensar el noventa y ocho	Eliseo Álvarez-Arenas
1995	14-15 abr.	1998 está servido	Manuel Vázquez Montalbán
1996	18 ener.	El noventa y ocho	José Ortega Spottorno
	26 nov.	¿ Generación del 98 ?	Pedro Laín Entralgo
	10 dic.	El centenario que viene	José María Jover
	21 dic.	El falso « problema español »	José Álvarez Junco
1997	27 may.	El 98 que se nos viene encima/Juan Goytisolo	
	26 sept.	Restauración	Mercedes Cabrera
	6 oct.	Restauración y 98	Francisco Ayala
	3 nov.	Los vascos y el 98	Gurutz Jáuregui
	4 nov.	Galdós en el Parlamento de la Restauración/F.Ayala	
	2 dic.	Cuba : la autonomía olvidada/Marta Bizcarrondo	
	8 dic.	Convocar a los fantasmas	José María Ridao
	17 dic.	El guante y las garras	Antonio Elorza
1998	24 ene.	La conmemoración de 1898	Jordi Solé Tura
	5 febr.	Historia y 98	Juan Pablo Fusi Aizpúrua
	13 febr.	¿ Volverá a salir el sol ?	Eliseo Álvarez-Arenas

Jacques MAURICE
Université Paris X-Nanterre